

*Carta a una muerta*

LUIS GOYTISOLO



Nunca vas a leer estas líneas. ¿Tiene eso importancia? Una carta suele ser importante para el que la escribe. Para quien la recibe, salvo que tenga el carácter de ansiada respuesta, es más bien un objeto añadido, maravilloso, desolador o fácilmente olvidable según sea su contenido.

Cuestión distinta es que, además de muerta, seas en la práctica una desconocida. ¿Se puede querer a una desconocida? O mejor: ¿se puede amar lo desconocido? Sí y no. Es decir: se puede amar u odiar lo desconocido siempre que demos a la palabra «amor», un significado distinto del que le damos cuando nos referimos a una persona conocida.

Amar a Dios, por ejemplo, o a la Virgen. Recuerdo la desmayada sensación de rutina cuando de niño, en el colegio, cantábamos aquello de «con flores a María que madre nuestra es».

Esto significa que, en realidad, más que de *amor*, habría que hablar de *deber* cuando nos estamos refiriendo a representaciones de una idea que es a

la vez un sentimiento de rango supuestamente superior. Un sentimiento amor a Dios, amor a la Patria que bien puede llegar a prevalecer sobre cualquier otro. Ni más ni menos que el que se puede llegar a experimentar, convertido en obsesión, hacia una persona desconocida. Caso, por cierto, que no es el mío.

¿Se puede amar lo que no se recuerda? Hay recuerdos que se sustentan sin otra base que lo soñado, que un sueño muy concreto, evocador de algún acontecimiento del pasado; para los sueños no hay transcurso temporal, todo sucede en el presente, sueños que a veces retoman otros sueños y los mezclan con lo acontecido la víspera sin orden ni prelación alguna. Con frecuencia ni siquiera se recuerdan al despertar y su huella se limita a una inexplicable desazón para quien lo ha soñado. Pero, ¿puede un sueño generar amor? Para un Freud sería evidente, sin duda porque hablaba por experiencia propia. Pero el desasosiego suscitado es algo muy distinto de un sentimiento basado en el recuerdo de hechos, actos o situaciones concretos. Y tampoco hay que descartar la posibilidad de que pura y simplemente se sienta uno incapaz de amar lo que no recuerda, lo que desconoce. ¿Lo hubieras entendido?

Tales consideraciones plantean otro interrogante: ¿puede lo desconocido, lo ya desaparecido, lo que no amamos ni odiamos afectar nuestro

comportamiento y nuestra manera de ser? O, más concretamente: ¿pueden cambiar nuestras vidas los muertos? Más allá de las teorías en sentido afirmativo, desarrolladas por psicólogos y psiquiatras, existe una convicción muy extendida: los muertos están simplemente en otra parte. Nosotros no los vemos pero ellos sí pueden vernos y, en ocasiones, hasta hablarnos. Conozco a una persona que más de una vez se ha visto asaltada por la sensación de no ser sino la reencarnación de una hermana muerta nueve meses antes de su propio nacimiento. Y a otro que dejó de creer en Dios y volvió a creer tras la muerte del hermano mayor, convencido de que simplemente había dejado de verlo. Algo más habitual, incluso entre los no creyentes, cuando se trata del padre, la madre o la persona amada.

En todo caso, se compartan o no tales convicciones, lo más común es pensar en el vacío dejado por el muerto, en el influjo de ese vacío en nuestra persona; un influjo cierto. Aunque también sería justo considerar que, de no haberse producido ese vacío, de no haber muerto el muerto, acaso se hubieran vivido experiencias todavía más adversas. Es decir, que lo que pudiera haber vivido la persona que ha muerto no tiene por qué ser necesariamente bueno. Tal vez se ahorró algún mal trago. O se lo ahorraron los suyos. Como también hay que considerar que la impronta negativa de ese vacío en nuestra personalidad — del desamparo al odio

pasando por el despecho puede dar lugar en determinados sujetos, como toda dura prueba, a una reacción a la larga positiva, a una mayor madurez, a un carácter más templado.

De ti sólo sé lo que me han contado. Lo suficiente como para despertar la admiración y simpatía que suscitan en nosotros determinados personajes históricos o literarios. Y está claro que mi vida sin duda habría cambiado de haberse cruzado nuestros caminos, de habernos visto vinculados por el conocimiento mutuo. Pero no ha sido así. Fue una conjunción frustrada, una más entre las muchas que se producen constantemente. Mi vida, por ejemplo, podría haber cambiado radicalmente la de otras personas y la mía propia si, de no ser por algún accidente cuya existencia ignoramos, se hubiera establecido un contacto que no ha tenido lugar.

Escribo estas líneas a sabiendas, como ya he dicho, de que nunca van a ser leídas por ti, su destinataria. ¿Tiene sentido escribir una carta que nunca va a ser leída por su destinataria? Claro que es una carta sin nombre ni señas, una invocación más que una carta. Con frialdad y distanciamiento impostados me dirijo a ti como los antiguos se dirigían a los oráculos. Un oráculo del que sabemos de antemano que nos va a dejar sin respuesta. Tampoco la esperamos. La respuesta se cifra, en este caso, en la propia pregunta.